



JAUME TORRAS ELIAS

FABRICANTES SIN FÁBRICA

EN EL CAMINO DE LA INDUSTRIALIZACIÓN:
LOS TORELLÓ, 1691-1794



LIBROS *de* HISTORIA

JAUME TORRAS ELIAS

FABRICANTES
SIN FÁBRICA

EN EL CAMINO
DE LA INDUSTRIALIZACIÓN:
LOS TORELLÓ, 1691-1794



CRÍTICA
BARCELONA

A Josep Fontana, *in memoriam*

Primera edición: octubre de 2018

Fabricantes sin fábrica. En el camino de la industrialización: los Torelló, 1691-1794
Jaume Torras Elías

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Fabricants sense fàbrica. Els Torelló, d'Igualada (1691-1794)*
© Jaume Torras Elías, 2007, 2018

© Editorial Planeta S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-029-1
Depósito legal: B. 21039 - 2018
2018. Impreso y encuadernado en España por Romanyà Valls

El papel utilizado para la impresión de este libro es 100% libre de cloro y está calificado como papel ecológico..

Capítulo 1

«UN PARAIRE NO VAL GAIRE...»

*Un paraire no val gaire,
un teixidó mou gran remó,
ai mare, doneu-me un sastre
que és ofici de senyó.⁸*

Es decir, un pelaire no valía mucho y las mozas no lo consideraban un buen partido. En un manuscrito datado en 1600 y que viene a ser una especie de geografía del Principado, el jesuita Pere Gil escribió que había en Cataluña «innumerables menestrals que tenen y saben offici de Perayres»,⁹ tantos que de cada cuatro, o quizá de cada seis casas de gentes de oficio una sería de pelaires y artífices entendidos en el trabajo de la lana. Sin hacer mucho caso de tan incierta estimación, sí cabe retener la idea de que eran «innumerables».

Tal vez un pelaire valía poco precisamente porque había tantos. Por otro lado, mientras Pere Gil escribía esto, la cofradía de los pelaires de Barcelona proclamaba en 1599 que ellos no eran menestrals, pues no hacían trabajo mecánico, sino que el suyo era un *art mercantívol*.¹⁰ El cantarillo que abre este capítulo no se refería a ellos, sin duda. Ya se ve que el mismo nombre de oficio se aplicaba a gente de condición diversa.

8. Canción popular recogida por mosén Jacinto Verdaguer, según Fortià Solà (1947-1948, I: 571-572).

9. Citado según la transcripción y edición de Josep Iglésies (2002: 233).

10. Citado por Pere Molas i Ribalta (1975: 152).

Originariamente, *paraire* o *pelaire* tenía un significado claro de trabajo manual relacionado con operaciones que precedían a la de hilar la lana o con algunas del acabado de los paños. O con unas y con otras, como se exigió en el examen de maestría de Josep Torelló y Josep Mas. Pero no se confundía con la figura del tejedor.

En la manufactura rústica que a principios del siglo XX aún pervivía en Cataluña en algunas comarcas de montaña, los *pelaires* solamente se ocupaban de tareas preparatorias de la hilatura. En el Pallars, por ejemplo, cuadrillas de *pelaires* iban de aldea en aldea y de masía en masía para lavar y cardar la lana que luego hilaban las mujeres. Tejer ya era tarea propia de especialistas, los tejedores establecidos en pueblos de cierto relieve en la economía comarcal.

El trabajo de los *pelaires* era menos cualificado, como se ve por la simplicidad de los útiles que llevaban consigo: un gran cesto de mimbre o de espino, una alcuza de cobre y las cardas. Llegados a la casa que los había requerido, los *pelaires* lavaban la lana recién trasquilada bañándola en el barreño de la colada con agua muy caliente a la que se había añadido lejía. Después la aclaraban metiéndola en el cesto, que se sumergía una y otra vez en agua corriente; a continuación, la tendían en un lugar bien aireado, pero sin exponerla demasiado al sol.

Una vez limpia y seca, los *pelaires* vareaban la lana para ablandarla y luego la untaban con aceite de oliva antes de pasar a la siguiente operación, el cardado. Sentados, cogían manojos de lana que ponían entre dos cardas, unas tablas de madera con mango y forradas en una cara con cuero guarnecido con puntas metálicas algo ganchudas. Con una carda en cada mano, apoyada una de ellas sobre las rodillas, las movían en sentido contrario y así desenredaban y alisaban la fibra hasta dejarla a punto para ser hilada. Comenzaba entonces la tarea, una de las muchas, de las mujeres de la casa y se marchaba la cuadrilla de *pelaires*. El suyo era un oficio humilde, incluso allí donde no tenía este carácter itinerante.

A la vez, la misma palabra ha servido para designar también a especialistas en operaciones delicadas del acabado de los paños. Así, las ordenanzas barcelonesas de los oficios de la lana de finales del siglo XIV se refieren a *paraires* únicamente en relación con las operaciones de acabado.

El proceso mediante el cual un montón de lana se transformaba en ropa era largo y complicado. Adam Smith lo puso como ejemplo para ilustrar la división del trabajo que acompaña «el progreso de la sociedad»:

la chaqueta de lana que abriga al jornalero, por tosca y basta que sea, es el producto de la labor conjunta de una multitud de trabajadores. El pastor, el seleccionador de lana, el peñador o cardador, el tintorero, el desmotador, el hilandero, el tejedor, el batanero, el confeccionador y muchos otros deben unir sus diversos oficios para completar incluso un producto tan corriente.¹¹

En el caso de la ropa de más calidad se podía distinguir hasta una veintena de operaciones sucesivas cuya ejecución requería habilidades diferentes.

Entonces la coordinación de todas estas operaciones se convertía ella misma en una operación, y no precisamente la más sencilla del proceso. Y quien la asumía también era llamado *paraire* o *pelaire* en los territorios de la que fue Corona de Aragón. El *pelaire* articulaba un proceso que había puesto en marcha por su cuenta o por encargo de un mercader, y en el que parte de los especialistas y trabajadores no eran propiamente empleados suyos.

La extensión de la voz *paraire* o *pelaire* para designar tanto a quien efectuaba tareas mecánicas como a quien ejercía funciones de carácter empresarial dentro del mismo proceso de fabricación parece haber sido una singularidad de los territorios arriba mencionados. En Castilla, la voz *pelaire*, o *peraile*, se aplicaba a los que cardaban a la percha, sacándole el brillo y cortándole los pelos al paño una vez que éste volvía del batán; a veces también los bataneros eran conocidos como *pelaires*. El organizador de la producción recibía una variedad de denominaciones, como fabricante, dueño del paño, hacedor de paños o expresiones similares de significado impreciso; importa señalar que no era menester que fuese maestro de ninguno de los oficios de la lana. A partir de la promulgación de las Ordenanzas Generales del Obraje de los Paños, en 1511 quedó bien establecida la separación entre los empresarios que

11. Adam Smith (1994 [1776]: 41-42).

gobernaban el ciclo pañero y los oficios mecánicos. Las ordenanzas impedirían de hecho a maestros de oficios de la lana llegar a una condición semejante a la de los *fabricants de panyos* que aparecen en este libro y que eran de origen menestral, pelaires generalmente.

La gran mayoría de los «innumerables» pelaires de que hablaba Pere Gil no respondía al perfil de los que iban de aldea en aldea para lavar y cardar la lana del último trasquileo, ni tampoco al de los pretenciosos maestros de la cofradía de Barcelona. Vivían de su oficio en villas y pueblos donde no se daba una segmentación y especialización de tareas comparable a la de centros pañeros de mayor entidad y reputación como podían serlo Segovia o incluso Barcelona. Los pelaires de pueblos y villas coordinaban el proceso que transformaba la lana en tejido, pero no podían presumir de *art mercantívol* porque eran claramente menestrales. Intervenían en trabajos mecánicos y la casa en que vivían era también un obrador.

Tal era el caso de los pelaires de Igualada en los años en que Mas y Torelló empezaban a trabajar. Por ejemplo, Lluís Francolí, hijo de pelaire y padre y abuelo de pelaires, y que en los últimos años del siglo XVII era uno de los maestros que más fabricaban. Una aproximación a su actividad la ofrecen las herramientas y útiles de trabajo que menciona el inventario de sus bienes, redactado en agosto de 1709.

Francolí vivía en una casa espaciosa en una calle de predominio menestral, la de Sant Bartomeu. En la planta baja, dando a la calle, se encontraba la *botiga*, o sea, el obrador. El documento enumera en desorden herramientas y útiles varios: tres tornos de hilar, cuatro canillas grandes, una devanadera, tres cajas de cardar, tres pares de cardas y cuatro banquetas de cardador, una tabla para el perchado de los paños y dos taburetes de tres pies. Todavía quedaba sitio para guardar allí dos bancos de cama y dos rejas de lagar. En el establo contiguo, además de un macho viejo y sus guarniciones, había varias hachas, un arado, azadas y escardillos, lo que es normal en la casa de un pelaire que poseía seis jornales de tierra campa en Igualada y cuatro de viña en el vecino término de Ódena. En el establo había también un perol de cobre.

En el inventario no consta que hubiese en la casa existencias de materia prima ni piezas de tejido acabadas o a medio hacer, como sería de esperar en un obrador activo. En el porche trasero había, al lado de una caldera y de medio cuartán de leña, dos arrobas de cáñamo sin pei-

nar y cuatro docenas de *rams* de hilo de estopa, que servía para la ropa más basta.

Visiblemente, el negocio estaba parado en aquel comienzo del mes de agosto, en general época de mucha actividad para los pelaires. Quizás se explica por la guerra, que en el verano de 1709 se acercaba a Igualada o, lo que parece más probable, por circunstancias particulares de Lluís Francolí. Su hijo mayor, Antoni, ya había fallecido y él no asistió al consejo anual de la cofradía celebrado dos meses y medio antes; puede que ya estuviera enfermo, pues siempre asistía si nos fiamos de las actas de los años anteriores.

Pero el obrador de los Francolí no era un negocio en vías de liquidación, ya que lo continuó su nieto Lluís, heredero universal en el testamento que pocas semanas antes había dictado su abuelo. Tenía entonces veinte años y era doblemente mancebo: no se había casado ni era maestro todavía; sí lo era en 1713, año en que ya figura en la relación de asistentes al consejo de la cofradía de los pelaires. Estaba casado con una hija de Josep Ciurana, pelaire, uno de los albaceas en el testamento de Lluís Francolí. No sería una casualidad.

Al hacer inventario, el notario Costa no había encontrado aquellos cestos de mimbre para aclarar la lana en agua corriente después de lavarla, ni tampoco se mencionan en el documento las varas para baquear los vellones una vez secos. Tal vez se compraba lana que había sido lavada en origen, lo que reducía su peso antes de transportarla al lugar de fabricación; pero ello no excluye que se lavara en Igualada, donde no faltaba el agua necesaria para esta operación.

Lo que está claro es que en los bajos de la casa de Francolí se cardaba lana. Untada con aceite, la fibra pasaba a las cardas de emborrado, las más grandes, con puntas largas y gruesas, que peinaban la fibra, la alisaban y permitían separar los vellones según la longitud. Para determinados tejidos, los más sencillos, la lana peinada ya iba a las hilanderas, pero en la fabricación de paños era necesario hacerla pasar por las cardas de emprimado, de puntas más cortas y finas pero también más espesas y ligeramente ganchudas. El cardado requería habilidad y esfuerzo, y llevaba mucho tiempo, pero el trabajador estaba sentado.

En un obrador como el de Lluís Francolí podía haber al menos cuatro hombres trabajando a la vez, además de algún aprendiz. Así lo sugieren las tres cajas, los dos juegos de cardas de emborrado y el de las

de emprimado y las cuatro banquetas de cardador. Se sabe, por otra parte, que para cada pieza de paño dieciseiseno,¹² entonces el más común en Igualada, se necesitaban al menos seis arrobas de lana limpia, y que el cardado podía suponer hasta un total de doscientas horas de trabajo en el obrador, en una atmósfera enrarecida por las partículas de borra que desprendían las cardas.

Una vez cardada y antes de tejerla, la lana tenía que hilarse. La que debía servir para formar la urdimbre —o tela— se hilaba separadamente de la que se iba a utilizar para la trama —o relleno—. Se trataba de dos clases de vellón que procedían de partes diferentes de la oveja y, a veces, de rebaños distintos. En los dos casos los pelaires las habían preparado por separado y, en el momento del hilado, requerían también un trato diferente por parte de las hilanderas.

Según el inventario, en el obrador de Francolí había tres tornos de hilar y algunos útiles relacionados, como canillas, una aspadera, una devanadera... Los tornos generalmente servían para hilar la lana corta y rizada destinada a la trama. Era una máquina muy simple, de madera, que solía encontrarse solamente en obradores de tejedor, o de pelaire, y rara vez en casas donde la fabricación de ropa de lana no era la actividad principal.

Considerada tarea propia de mujeres, la mayor parte de la hilatura se llevaba a cabo fuera de los obradores de pelaire y las hilanderas trabajaban en sus casas con el huso y la rueca. El pelaire pesaba la lana que cada hilandera se llevaba y fijaba las características que debía tener el hilo que más tarde se le entregaría enrollado en madejas. Antes de pagar por el trabajo, el pelaire las pesaba y comprobaba si el grosor de los hilos era el requerido. Un aspecto determinante del éxito del pelaire era la capacidad de organizar una red de hilanderas competentes y que estuviesen disponibles para trabajar cuando conviniera sin

12. El paño se fabricaba con lana cardada, tanto la urdimbre como la trama; una vez tejido, se llevaba al batán, de donde salía tan tupido que no se distinguían los hilos. Los paños solían clasificarse por el número de hilos que formaban la urdimbre; así, el paño dieciseiseno tenía dieciséis centenares de hilos de urdimbre, esto es, mil seiscientos; el veintiseiseno, veintiséis, o sea dos mil seiscientos, y así sucesivamente. Cuanto más alto era el número de hilos de la urdimbre, mayor densidad tenía el paño, más importantes eran las operaciones de acabado y mayor el precio.

entretenir demasiado tiempo la lana que se le confiaba. Para suministrar la hilaza necesaria a un telar como los que en Igualada trabajaban cinco o seis días a la semana, era preciso que diez o doce hilanderas dedicaran gran parte del día a esta labor.

Cuando recibía las madejas de hilo, el pelaire tenía que lavarlas otra vez con agua y lejía para eliminar el aceite y cualquier tipo de suciedad antes de teñirlas, la delicada operación que solía realizarse inmediatamente después. En efecto, en esta industria aldeana era corriente teñir la lana en madejas y no en piezas tejidas. En la pañería urbana tradicional, como la de Barcelona, muy segmentada corporativamente, los tintoreros formaban un oficio separado, poderoso por la cualificación necesaria para la manipulación de ingredientes de mucho valor. En los pueblos textiles de la Cataluña del Seiscientos y también del Setecientos, los pelaires se ocupaban directamente del tinte, en persona o bien contratando a un especialista, pero siempre dirigiendo ellos el teñido en su obrador o en una dependencia separada.

En Igualada, a finales del siglo xvii, muy pocos pelaires tenían tinte; Lluís Francolí no lo tenía. La mayor parte de su producción consistía en ropa dieciseisena sin teñir, los paños llamados *burells*, por el color de la lana utilizada (tirando a gris oscuro). Pero también se hacían piezas de lana teñida de color «leonado», por ejemplo, que las encarecía mucho, o «musco», y aun otros.

En estos casos las madejas de lana ya hilada y limpia se ponían en un perol de cobre —como el que había en el establo de la casa de Francolí— para tratarlas con mordientes y colorantes de calidad y precio muy variados. Para teñir la lana hilada había que hacer varios hervidos con los mordientes y el colorante: se necesitaba, pues, agua limpia en abundancia y se consumía mucha leña.

Las madejas, teñidas o sin teñir, se colocaban en un aparato giratorio muy simple, pero de gran volumen, la devanadera, para ovillar el hilo. Solía ser una labor de mujeres, que con los ovillos del hilo más fino y con más torsión preparaban la urdimbre o tela, la parte longitudinal del tejido que determinaba las principales características de la pieza que había que tejer. La anchura y la densidad estaban fijadas en ordenanzas que, en este punto, eran idénticas en toda Cataluña y se mantuvieron hasta el último tercio del siglo xviii. Normalmente, las urdidoras trabajaban con los tejedores y no con los pelaires.

El pelaire no tejía, sino que encargaba esta fase central de la fabricación a un maestro tejedor a quien proporcionaba la hilaza necesaria para urdir y tramar la pieza que quería. Pero no podía controlar un proceso de trabajo que era competencia de otro oficio, el de los maestros tejedores, organizados en Igualada en una cofradía diferente de la de los pelaires. Aquí se localizaba la principal fricción del ciclo productivo: el crónico conflicto entre pelaires y tejedores. ¿Cómo se organizaba esta relación entre maestros de oficios diferentes pero interdependientes?

Los registros fiscales de los diez años anteriores a la redacción del inventario dan algunas pistas sobre esto. Durante el año 1696 Lluís Francolí declaró a los perceptores del impuesto de *bolla i dret de rams* que había fabricado 26 piezas; más o menos un par cada mes, pero con irregularidad. La mayor parte, 19, las hizo tejer por el maestro Benet Valls y sólo una por otro maestro igualadino; las otras seis las encargó a maestros de la cercana villa de Capellades. La relación con Benet Valls era estrecha pero no exclusiva: aunque trabajaba principalmente para Lluís Francolí, en 1696 Valls tejió al menos para otros cuatro pelaires. Y el año anterior su clientela, por decirlo así, había sido aún más diversificada. La misma observación puede hacerse de todos los maestros tejedores que aparecen en el registro de la bolla de Igualada de estos años: no eran, por tanto, empleados que dependieran de un pelaire determinado.

Cuando salían de la *botiga* del tejedor, las piezas volvían a manos del pelaire. Se entraba entonces en la fase de acabado, más o menos compleja según el tipo de tejido. Si se trataba de paño, primero había que llevar las piezas al batán para el enfurtido a fin de darle la consistencia deseada. Empapadas de agua alcalinizada (con jabón o con ceniza de barrilla o con greda) para eliminar manchas o grasa, las piezas eran golpeadas largamente en el pilón o la cuba por gruesos mazos de madera que movía una rueda hidráulica. El tejido se encogía y espesaba, de manera que al final no pudiera notarse el ligado de la trama y la urdimbre. La necesidad de un curso de agua corriente capaz de mover la rueda hidráulica del batán condicionaba su localización y, por ende, la de los obradores de pelaire. Lluís Francolí hacía abatanar los paños en la riera de Carme, como otros maestros de Igualada, lo que suponía una caminata de más de una hora y disponer de bestias de carga para el

transporte de las piezas. Hay que tener en cuenta que muchos tejidos de lana, y de los más populares, no disimulaban el ligado y, por tanto, no había que llevarlos al batán: era el caso de las estameñas, de las bayetas ordinarias, de los cordelados o cordellates y otros.

Una vez abatanadas, limpias y secas, las piezas de paño volvían a Igualada para las últimas operaciones, el acabado propiamente dicho. En la *botiga* de Francolí había la tabla de perchar. Con cabezas de cardencha se cepillaban los paños para hacer aparecer el pelo en las dos caras de cada pieza. Después venía la delicada operación de tundir, es decir, arrasar con tijeras especiales, enormes, el pelo que sobresalía de la trama. Los paños veintidosenos y veinticuatroenos, los mejores que se fabricaban en Igualada en tiempos de Lluís Francolí, requerían tres pasadas de tijera; él fabricaba también estos paños, pero el inventario no consigna tijera alguna. Sin embargo, la cofradía sí poseía una muela para afilar tijeras de tundidor. Puede ser que el pelaire contratase, cuando lo necesitaba, a un especialista que acudía con sus herramientas. Sólo en los centros textiles importantes había un número suficiente de tundidores para constituir gremio propio: sucedía lo mismo que se ha comentado más arriba sobre los tintoreros. Y así lo señalaban los pelaires de Igualada todavía en la segunda mitad del siglo XVIII: «quien es fabricante o maestro pelayre en esta villa lo es tundidor, cardador, tintorero, etc.». ¹³

Una vez perchados y tundidos, los paños se llevaban a los tendedores (*estricadors*, en Igualada). Era un cercado en cuyo interior había bastidores para colgar las piezas: se clavaban tensas en los travesaños para que cogiesen la anchura y la longitud que les correspondía y para que desapareciesen pliegues y arrugas. El recinto, en cuyo interior había una casa, era propiedad de la cofradía de pelaires, que organizaba el uso ordenado de la instalación a través de uno de los maestros, el tendedor de paños.

Antes de terminar y de ponerlas en el mercado, o en manos del mercader, todavía faltaba enlustrar y plegar perfectamente las piezas de paño, prensándolas. En el inventario de Francolí no se habla de prensas ni de los cartones que se utilizaban en esta operación, pero sí se encuentran en inventarios más tardíos.

13. Informe fechado en 1766, AHCB, «Fons Junta de Comerç», caja 2, n.º 12.

En esta referencia a las operaciones necesarias para fabricar ropa de lana puede intuirse que las que eran propias del oficio de pelaire, las que formaban parte del examen de maestría, tenían su importancia, pero no bastaban para darle preeminencia dentro del ciclo lanero. La parte del valor creado entre el trasquileo de los vellones y el acabado del paño que el pelaire podía aspirar a apropiarse era modesta si solamente se ocupaba del cardado y del perchado. De hecho, una parte de los maestros de la cofradía de Igualada se quedaba ahí y trabajaba a jornal en el obrador de otro más emprendedor o más afortunado. Cuando el pelaire coordinaba con eficacia las operaciones que acabo de resumir, es decir, si era capaz de garantizar la calidad del producto final y de reducir los tiempos muertos dentro de un ciclo tan complejo, si podía hacer tratos favorables para él con los otros trabajadores —aquellos que estaban directamente subordinados a él o los que no, como era el caso de los tejedores—, entonces podía asegurarse una participación sustancial en el valor que se creaba. Naturalmente, la participación sería muy diferente si el capital circulante era suyo o no. La historia que se cuenta en los capítulos siguientes trata de poner de relieve las enormes y cambiantes diferencias de condición entre maestros pelaires.